

CORRELACION SOCIAL ENTRE EL CACIQUISMO Y EL ASPECTO RELIGIOSO EN LA NOVELA PEDRO PÁRAMO, DE JUAN RULFO

MANUEL ANTONIO ARANGO L.

Juan Rulfo (n. 1918 en México), publicó su primer libro de cuentos titulado *El llano en llamas* en 1953.¹ Posteriormente publica su obra maestra la novela *Pedro Páramo*,² que cuenta hoy con más de diez ediciones en español, y se halla traducida al inglés, francés, italiano, sueco, holandés, danés, noruego y alemán.

El tema de *Pedro Páramo* es la historia del cacicazgo de Pedro Páramo, figura representativa del feudalismo latinoamericano. El narrador va reconstruyendo, retrospectivamente, la vida de dicho personaje en la cual su hijo Juan Preciado, lleno de ilusiones, en busca de una infancia perdida, vuelve a Comala a fin de cumplir la promesa hecha a su madre antes de morir. Juan Preciado personifica al hijo ilegítimo mexicano, nacido de la violación, del abuso de su padre desconocido. La historia del caudillo local va unida a la tragedia de su amor imposible por Susana San Juan y como consecuencia su venganza, la que le lleva a la destrucción del pueblo de Comala.

Pedro Páramo es el prototipo del hacendado feudalista medio que existía en el estado de Jalisco, México, antes de la Revolución. Veamos un diálogo que nos intuye su propiedad:

—Míre usted— me dice el arriero, deteniéndose—: ¿Ve aquella loma que parece vejiga de puerco? Pues detrasito de ella está la Media Luna. Ahora voltié para allá. ¿Ve la ceja de aquel cerro? Véala. Y ahora voltié para este rumbo. ¿Ve la otra ceja que casi no se ve de lo lejos que está? Bueno, pues eso es la Media Luna de punta a cabo. Como quien dice, toda la tierra que se puede abarcar con la mirada. Y es de él todo ese terrenal.³

En tiempos pretéritos Pedro Páramo heredó una propiedad importante, llamada la Media Luna, de su padre don Lucas, quien fue asesinado por un peón y dejó a su hijo traspasado de odio por la comunidad que pronto aprendió a temerlo. Se inicia un período de tremendas represalias y a su vez Pedro Páramo va consolidando su poder económico a la vez que siente un temor psicológico hacia la comunidad. Emplea el soborno, la falsificación de documentos públicos, desplaza linderos, anexa tierras a las suyas y utiliza la violencia.

Un episodio que puede ilustrarnos el método del gamonal Páramo para aumentar su capital es la muerte que corrió Toribio Aldrete, personaje secundario en la novela, pequeño propietario de la región, cuyas tierras pasaron a manos de don Pedro. Aldrete murió ahorcado por orden del mismo Pedro:

"Fulgor Sedano, hombre de 54 años, soltero, de oficio administrador, apto para entablar y seguir pleitos, por poder y por mi propio derecho, reclamo y alego lo siguiente . . ."

Eso había dicho cuando levantó el acta contra actos de Toribio Aldrete. Y terminó: "Que conste mi acusación por usufruto. . ."

Se acordaba. Fue lo primero que le dijo el Aldrete, después que se habían estado emborrachando juntos, dizque para celebrar el acta:

Con ese papel nos vamos a limpiar usted y yo, don Fulgor, porque no va a servir para otra cosa. Y eso usted lo sabe. En fin, por lo que a usted respecta, ya cumplió con lo que le mandaron, y a mí me quitó de apuraciones; porque me tenía usted preocupado, lo que sea de cada quien. Ahora ya sé de qué se trata y me da risa. Dizque "usufruto." Vergüenza debía darle a su patrón ser tan ignorante. (pp. 37-8)

La primera indicación que advertimos sobre el asesinato de Aldrete la hallamos en el capítulo 16, al percibir los espeluznantes alaridos, articulados por el infeliz ahorcado y escuchados, algunos años más tarde, por Juan Preciado al llegar a la casa de doña Eduviges Dyada. Otro personaje secundario de la obra también explica los gritos mortales de la víctima. Así Cisneros narra los hechos:

—Iré con usted. Aquí no me han dejado en paz los gritos. ¿No oyó lo que estaba pasando? Como que estaban asesinando a alguien. ¿No acaba usted de oír?

—Tal vez sea algún eco que está aquí encerrado. En este cuarto ahorcaron a Toribio Aldrete hace mucho tiempo. Luego condenaron la puerta, hasta que él se secara; para que su cuerpo no encontrara reposo. No sé como has podido entrar, cuando no existe llave para abrir esta puerta.

—Fue doña Eduviges quien abrió. Me dijo que era el único cuarto que tenía disponible.

—¿Eduviges Dyada?

—Ella.

—Pobre Eduviges. Debe de andar penando todavía. (p.37)

Rulfo les da un tratamiento especial a los personajes y a los acontecimientos que nos lleva a lo fantástico, al microcosmos de Comala, el mundo de los muertos, aldea llena de sombras y murmullos de ultratumba. Eduviges Dyada y Damiana Cisneros tienen cuerpos que podrían percibirse físicamente, pero al seguir el relato nos hallamos ante la presencia sólo de espectros, espíritus que dialogan, gesticulan y se mueven con libertad absoluta. ¿Pero por qué se mueven con tal libertad? Porque están muertos. El creador artístico nos señala con estas finas percepciones que sólo los muertos pueden tener libertad en una sociedad feudalista donde el terrateniente mantiene bajo la presión, el temor y la violencia a una comunidad; ésta tiene que obedecer sin reflexión a la voluntad del cacique.

Una segunda mención del procedimiento de Pedro Páramo para anexar las tierras a la Media Luna justamente se encuentra cuando se entera de que un vecino rebelde, que responde al nombre de Toribio Aldrete, se opone a tan infame proceder. Por tal razón, Pedro Páramo dicta a su secuaz Fulgor Sedano su irrevocable sentencia:

La semana venidera irás con el Aldrete. Y le dices que recorra el lienzo. Ha invadido tierras de la Media Luna.

—El hizo bien sus mediciones. A mí me consta.

—Pues dile que se equivocó. Que estuvo mal calculado. Derrumba los lienzos si es preciso.

—¿Y las leyes?

—¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros. ¿Tienes trabajando en la Media Luna a algún atravesado?

—Sí, hay uno que otro.

—Pues mándalos en comisión con el Aldrete. Le levantas un acta acusándolo de “usufruto” o de lo que a ti se te ocurra. Y recuérdale que Lucas Páramo ya murió. Que conmigo hay que hacer nuevos tratos. (p. 44)

Este capítulo, que muchas veces suele pasar inadvertido por los lectores, es de vital importancia para comprender el estudio psicológico que venimos desarrollando en este trabajo. Aquí se revelan las intenciones siniestras del cacique de la Media Luna; todo Comala será suyo. La narración prosigue en un diálogo muy corto, en la cual el narrador nos entrega un capítulo de sólo doce cortas líneas para informarnos del desenlace trágico del episodio de Aldrete:

—Pasa, Fulgor ¿Está arreglado el asunto de Toribio Aldrete?

—Está liquidado, patrón.

—Nos queda la cuestión de los Fregosos. Deja eso pendiente. Ahorita estoy muy ocupado con mi “luna de miel.” (p. 45)

Con este diálogo, epílogo trágico de sentido retratista de una realidad social, el autor nos muestra con sutileza artística la problemática infrahumana que a veces azota al hombre del agro no sólo de México, sino de toda la América Latina, quien aún continúa bajo el látigo implacable del feudalismo al igual que en los tiempos de la edad medieval. Rosario Castellanos lo manifiesta así:

Pedro Páramo, ávido de posesiones, despreciador de la vida ajena, concupiscente y sensual, impone sobre los lutos tradicionales de la providencia, el silencio. Su figura estará presente siempre entre los amigos para crear una atmósfera de miedo, de desconfianza, de posibilidad de relación. Entre los amantes se interponen, como emisarios de Pedro Páramo, los celos y la cobardía del varón, el consentimiento, secretamente ufano, de la mujer. La personalidad de Pedro Páramo crece en la medida en que sus opositores están despojados de nervio, de rebeldía para enfrentárselo. Su pedestal se finca en la abyección, cada vez más servil, de los otros.⁴

Pedro Páramo tiene todo en su mano—hasta un heredero—para la continuidad de su estirpe. Miguel Páramo, quien muere a los 17 años, es una figura fugaz en la novela, pero a pesar de ello es el prototipo del hijo del cacique. Sabiendo que su padre es el señor poderoso de la región se dedica a toda clase de fechorías, que van desde la violación de la sobrina del cura hasta el asesinato del hermano del mismo sacerdote. Veamos un diálogo:

—Oye, Anita. ¿Sabes a quien enterraron hoy?

—No, tío.

—¿Te acuerdas de Miguel Páramo?

—Sí, tío.

—Pues a él.

Ana agachó la cabeza.

—Estás segura de que él fue, ¿verdad?

—Segura no, tío. No le vi la cara. Me agarró de noche y en lo oscuro.

—¿Entonces cómo supiste que era Miguel Páramo?

—Porque él me lo dijo: “Soy Miguel Páramo, Ana. No te asustes.” Eso me dijo.

—Pero sabías que era el autor de la muerte de tu padre, ¿no?

—Sí, tío.

—¿Entonces qué hiciste para alejarlo?

—No hice nada.

Los dos guardaron silencio por un rato. Se oía el aire tibio entre las hojas del arrayán.

—Me dijo que precisamente a eso venía: a pedirme disculpas y a que yo lo perdonara. Sin moverme de la cama le avisé: “La ventana está abierta.” Y él entró. Llegó abrazándome, como si ésa fuera la forma de disculparme por lo que había hecho. Y yo le sonreí. Pensé en lo que usted me había enseñado: que nunca hay que odiar a nadie. Le sonreí para decirselo; pero después pensé que él no pudo ver mi sonrisa, porque yo no lo veía a él, por lo negra que estaba la noche. Solamente lo sentí encima de mí y que comenzaba a hacer cosas malas conmigo.

(pp. 30-1)

Miguel muere muy joven a los diecisiete años; su muerte es causada por la caída de un caballo. (Desde la noche de su muerte, el fantasma del caballo de Miguel Páramo galopa “por todas partes” en busca de Miguel.) Algunos años después de la muerte de Miguel, en alguna ocasión que Juan Preciado visita a Comala y se hospeda en casa de Eduvigés Dyada, ésta oye el galope del caballo fantasmal:

—¿Qué es lo que pasa, doña Eduvigés?

Ella sacudió la cabeza como si despertara de un sueño.

—Es el caballo de Miguel Páramo, que galopa por el camino de la Media Luna.

—¿Entonces vive alguien en la Media Luna?

—No, allí no vive nadie.

—¿Entonces?

—Solamente es el caballo que va y viene. Ellos eran inseparables. Corre por todas partes buscándolo y siempre regresa a estas horas. Quizá el pobre no puede con su remordimiento. ¿Cómo hasta los animales se dan cuenta de cuando cometen un crimen, no? (p. 25)

Rulfo presenta a Miguel Páramo en su corta vida como una verdadera degradación criminal: pendenciero, violador, homicida.

La prematura muerte de Miguel Páramo ha trastornado síquicamente al padre Rentería, cura de Comala. Su adversión por Miguel, muy justificada desde su punto de vista, le lleva a examinar su conciencia. Después de su dramática confesión con otro cura de Comala, el padre Rentería le dice a su sobrina: “Mal no, Ana. Un hombre malo. Eso siento que soy.”

Llevado el cadáver de Miguel Páramo cuando todos los acompañantes del féretro se habían ido, sólo Pedro Páramo y el sacerdote se quedan en la iglesia. Entonces ocurre algo inesperado:

Pedro Páramo se acercó, arrodillándose a su lado:

—Yo sé que usted lo odiaba, padre. Y con razón. El asesinato de su hermano, que según rumores fue cometido por mi hijo; el caso de su sobrina Ana, violada por él según el juicio de usted; las ofensas y falta de respeto que le tuvo en ocasiones, son motivos que cualquiera puede admitir. Pero olvídese ahora, padre. Considérelo y perdónelo como quizá Dios lo haya perdonado.

Puso sobre el reclinatorio un puño de monedas de oro y se levantó:

—Reciba eso como limosna para su iglesia. La iglesia estaba ya vacía. Dos hombres esperaban en la puerta

a Pedro Páramo, quien se juntó con ellos, y juntos siguieron el féretro que aguardaba descansando sobre los hombros de cuatro caporales de la Media Luna.

El padre Rentería recogió las monedas una por una y se acercó al altar.

—Son tuyas—dijo—El puede comprar la salvación. Tú sabes si éste es el precio. En cuanto a mí, Señor, me pongo ante tus plantas para pedirte lo justo o lo injusto, que todo nos es dado pedir... Por mí, condénalo, Señor. Y cerró el sagrario. (pp. 29-30)

La falta principal del padre Rentería es la indiferencia, la falta de coraje, de valor civil para enfrentarse a un cacique ladrón, explotador y criminal. El sacerdote se ha cruzado de brazos a contemplar el panorama dramático de Comala, mientras el gamonal Páramo aumenta su poder y su economía a base de la injusticia de su víctima. El padre Rentería estaba bien informado de todas las fechorías de Páramo, pero el miedo de perder los diezmos con que sustentaba, lo hacía ignorar todo lo que ocurría en su contorno y aun perdonar los pecados de don Pedro. Por tal razón Rulfo ilustra esta escena con la conmovedora amonestación del cura de la población vecina cuando el cura que le confiesa le niega la absolución.

—Ese hombre de quien no quieres mencionar su nombre ha despedazado su iglesia y tú se lo has consentido. ¿Qué se puede esperar ya de ti, padre? ¿Qué has hecho de la fuerza de Dios? Quiero convencerme de que eres bueno y de que allí recibes la estimación de todos; pero no basta ser bueno. El pecado no es bueno. Y para acabar con él, hay que ser duro y despiadado... (p. 75)

Ese extraordinario diálogo entre los dos sacerdotes tan sólo ocupa dos páginas, empero el autor nos intuye una filosofía profunda de la vida de la moral y de la misión de la vida. El dinero le preocupaba hondamente al padre Rentería y así él mismo lo manifiesta:

Todo esto sucede por mi culpa—se dijo—el temor de ofender a quienes me sostienen. Porque ésta es la verdad: ellos me dan mi mantenimiento. De los pobres no consigo nada; las oraciones no llegan al estómago. Así ha sido hasta ahora. Y éstas son las consecuencias. Mi culpa. He traicionado a aquellos que me quieren y que me han dado su fe y me buscan para que yo interceda por ellos para con Dios. (p. 34)

El padre Rentería se siente un hombre fracasado en su misión espiritual y así él mismo lo reconoce: "Soy un hombre dispuesto a humillarse, mientras sienta el impulso..." Estas son las últimas palabras del penitente cura. Estas pocas palabras condenan su bajo espíritu. Luego de regreso a su casa, Ana, su sobrina, le pregunta:

—¿Se siente mal?

Y el padre Rentería con profunda pena le respondió:

—Mal no, Ana. Malo. Un hombre malo. Eso siento que soy. (p. 77)

El padre Rentería es quizá uno de los personajes mejor caracterizados en la novela. Es una de las pocas figuras que nunca aparecen como fantasma y que, además, "no muere" en la novela. Más tarde, quizá en un acto de penitencia, nos enteramos de que ha abandonado a Comala para incorporarse a las filas de la Revolución de los Cristeros.

Como podemos observar, el aspecto religioso está estrechamente ligado al aspecto social de la novela. El cacique

Páramo, ladrón y criminal vulgar, está amparado por el padre Rentería ya que nunca el sacerdote de Comala protestó por las bellaquerías del gamonal Pedro Páramo. Así la religiosidad en la obra de Rulfo se transforma en una mezcla de superstición y fanatismo, de ritos cuyos significados no están de acuerdo con la enseñanza cristiana y desprovistos de amor, y cuyos fieles están siempre sin posibilidad de salvación.

Rulfo que, refiriéndose a la cultura española, ha afirmado "habían teologado hasta en las matemáticas," no concibe en la atmósfera religiosa el menor detalle de amor, de caridad y de esperanza y de enseñanza cristiana. El plano religioso en la novela se reduce a mostrar el mundo eclesiástico a través del personaje poco grato, el padre Rentería. Dios no aparece en la novela, es una palabra vacía. Así vemos cómo nadie tiene esperanza de una salvación *post mortem*. Rulfo introduce al padre Rentería negándole el perdón al muerto Miguel Páramo, el hijo del cacique: "Fue un mal hombre y no entrará al reino de los cielos. Dios me tomará a mal que interceda por él" (p. 29).

El sentido del amor se halla ausente, el rencor inextinguible en el corazón del padre Rentería. El cacique se arrodilla, suplica y a pesar de su codicia, coloca unas monedas de oro ante el altar y ante el sacerdote cuando la iglesia estaba vacía. El padre Rentería se dirige al altar y exclama: "Por mí, condénalo, Señor" (p. 30).

Empero Rulfo muestra cómo el sacerdote, a pesar de su exclamación, se dirige al altar y recoge el dinero, sometándose una vez más a la codicia y al dinero del cacique.

En otra parte de la novela vemos al padre Rentería recordando la negativa a la petición de María Dyada a fin de que salvara a su hermana Eduvigés, suicida, monologando:

¿Qué le costaba a él perdonar, cuando era tan fácil decir una palabra o dos, o cien palabras si éstas fueran necesarias para salvar el alma? ¿Qué sabía él del cielo y del infierno? Y sin embargo, él, perdido en un pueblo sin nombre, sabía los que habían merecido el cielo. Había un catálogo. Comenzó a recorrer los santos del panteón católico comenzando por los del día: "Santa Numilona, virgen y mártir; Anercio, obispo; Santas Salomé viuda, Alodia o Elodia y Nulina, vírgenes; Córdoba y Donato." Y siguió. Ya iba siendo dominado por el sueño cuando se sentó en la cama: "Estoy repasando una hilera de santos como si estuviera viendo saltar cabras." (p. 35)

Así, vemos de nuevo cómo Rulfo va dramatizando la figura del padre Rentería en virtud de sus intervenciones en la novela. El diálogo con el señor cura de Comala, al cual nos referimos anteriormente y en el cual el padre Rentería hizo confesión general, y en donde el sacerdote confesor le niega la absolución son muy reveladoras:

Quiero convencerme de que eres bueno y de que allí recibes la estimación de todos; pero no basta ser bueno. El pecado no es bueno. Y para acabar con él, hay que ser duro y despiadado. Quiero creer que todos siguen siendo creyentes; pero no eres tú quien mantiene su fe; lo hacen por superstición y por miedo. (p. 75)

La conversación, más tarde, entre los dos sacerdotes se deriva a la falta de suavidad en la tierra, a la acidez de todo:

—Tiene usted razón, señor cura. Allá en Comala he intentado sembrar uvas. No se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos; naranjos agrios y arrayanes agrios. A mí

se me ha olvidado el sabor de las cosas dulces. ¿Recuerda usted las guayabas de china que teníamos en el seminario? Los duraznos, las mandarinas aquellas que con sólo apretarlas soltaban la cáscara. Yo traje aquí algunas semillas, pocas, apenas una bolsita... después pensé que hubiera sido mejor dejarlas allá donde maduraran, ya que aquí las traje a morir. (p. 76)

Este diálogo es muy expresivo a fin de mostrar el pleno fracaso de la misión espiritual, ya que recuerdan la parábola bíblica del sembrador. Ningún fruto dulce nace en Comala. El propio sembrador, que se convierte en persona dura del corazón, ácido y se condena él mismo. Pero una vez más reaparece el poder del caciquismo, el destructor de la comarca, el que Rulfo nos presenta de nuevo protegido por el padre Rentería cuando hallamos lo siguiente:

- Y sin embargo, padre, dicen que las tierras de Comala son buenas. Es lástima que estén en manos de un solo hombre. ¿Es Pedro Páramo aún el dueño, no?
- Así es la voluntad de Dios. (p. 76)

Rulfo lanza su voz de crítica social y política a fin de señalarmos con claridad la unión de los dos poderes: el del cacique y el religioso; mostrándonos la actitud del padre Rentería, y a la vez rechazándola, ya que el sacerdote aprueba la injusticia social, en nombre de la voluntad divina.

Al finalizar la novela aparece de nuevo Rentería por medio de un diálogo entre personajes que hablan de la revolución y en el cual el Tilcuete, otro servil personaje de Pedro Páramo unido a la revolución, es quien comunica:

- Se ha levantado en armas el padre Rentería. ¿Nos vamos con él, o contra él?
- Eso ni se discute. Ponte al lado del gobierno.
- Pero si somos irregulares. Nos consideran rebeldes.
- Entonces a descansar.
- ¿Con el vuelo que llevo?
- Haz lo que quieras, entonces.
- Me iré a reforzar al padrecito. Me gustan cómo gritan. Además lleva uno ganada la salvación. (p. 122)

La figura que representa el servilismo y la degeneración moral hasta lo máximo es la que Rulfo caracteriza en la persona de Fulgor Sedano. Fulgor es el instrumento de Pedro Páramo para los crímenes. El autor habla muy poco de su físico y de su vida. Nos dice sólo algo de su edad; cuando sucede la primera entrevista con Pedro Páramo, tiene "55 años." (Empero en el acta que levanta contra la presunta víctima, Toribio Aldrete, dice tener 54.)

Algunas veces encontramos un breve diálogo entre el cretino Fulgor Sedano y el cacique Páramo: "—Me sentaré, don Pedro. Palabra que me está gustando tratar con usted" (p. 41). Esto le dice al patrón después de recibir las órdenes

de varias fechorías que tendrían que ejecutarse a corto plazo. Muchos años después, una vez aceptado el contrato del asesinato que debería perpetuarse en la persona de Bartolomé San Juan, exclamó Sedano "—Me vuelve a gustar cómo acciona usted, patrón..." (p. 89).

Pedro Páramo es indudablemente una novela que podría denominarse perfecta. Perteneció a las llamadas novelas de compromiso intelectual, microcosmos en el cual, a base de símbolos, se muestra la realidad y se insiste en un punto especial frecuentemente, y Rulfo nos muestra a base de una gran simbología dentro del diálogo frecuente una realidad social: la vida infrahumana que el pueblo de Comala soportaba antes de la Revolución; uno de los personajes centrales de la novela—Pedro Páramo—refleja la conducta del burgués, del cacique de provincia que representa la continuidad del feudalismo y de un sistema económico-político que conlleva completamente a la alienación por una sociedad deshumanizada que mantiene bajo el látigo infernal a toda la comunidad de Comala. Rulfo nos muestra en sus descripciones todo el fondo de esa realidad social.

Al finalizar la novela el autor nos hace percibir la atmósfera revolucionaria que giraba en torno de la comarca: "Ya para entonces soplaban vientos raros. Se decía que había gente levantada en armas. Nos llegaban rumores" (p. 86).

Posteriormente Rulfo continúa la temática de la Revolución con el diálogo del tartamudo y Pedro Páramo, en el cual el novelista nos señala que la Revolución ha estallado en todo su rigor y que el panorama de Comala tiende a un cambio inmediato.

Al terminar de leer la novela, concluimos que Rulfo se sirve de una técnica realista, llena de dualidades, a fin de suscitar, de una parte, un mundo de fantasía y belleza, y, de otra, un mundo trágico saturado de conciencia de protesta social.

Es preciso señalar en este breve ensayo las acertadas palabras de Carlos Blanco Aguinaga con relación a la obra de Rulfo:

Los cuentos y la novela de Rulfo corresponden a una angustia contemporánea bien definida por Lukács y ejemplificada en múltiples escritores. Pero se dan en una tierra concreta donde la situación de los personajes adquiere un muy particular cariz porque sobre ella pesa una muy particular condición histórica. De ahí que, por subjetiva que sea la visión de Rulfo, por muy impregnadas de aparente irrealidad y lejanía que estén sus narraciones, todo ello es ejemplar: vía de entrada a la realidad histórica más real de un momento concreto de existencia mexicana.⁵

Laurentian University

¹ Juan Rulfo, *El llano en llamas*, primera ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1953).

² Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, primera ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1955).

³ Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, novena ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1968), p. 10. Todas las futuras citas se tomarán de esta edición.

⁴ Rosario Castellanos, "La novela mexicana contemporánea y su valor testimonial," *Hispania*, 47 (1964), p. 225.

⁵ Carlos Blanco Aguinaga, *Nueva Novela Latinoamericana*, I (Buenos Aires: Paidós, 1972), p. 113.